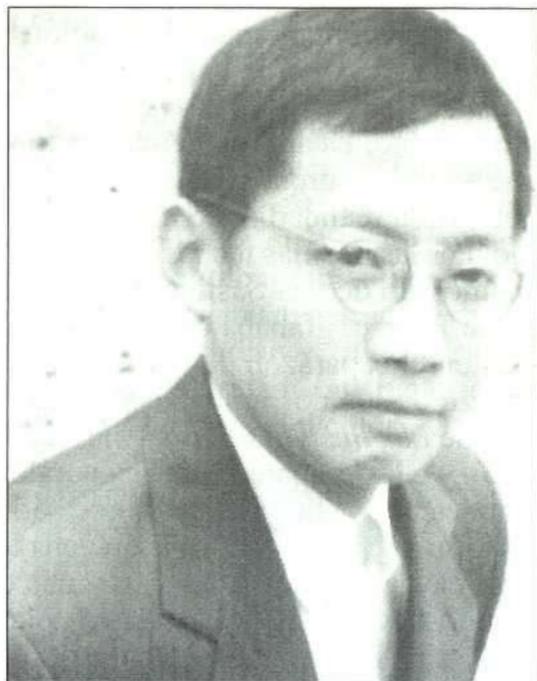


Otra biblioteca en una maleta de piel gastada

Emilio Pascual*

BALZAC Y LA JOVEN COSTURERA CHINA
BALZAC E LA PETITE TAILLEUSE CHINOISE

PRIMERA EDICIÓN: 2000



Dai Sijie (1954-)

Si la biblioteca de Juan Palomeque *el Zurdo* cupo en una maletilla vieja, y la de Estienne Barbier en un morral de cuero, hay otra que pudo contener una maleta, y, como casi siempre, con ella una historia de censuras y lectores apasionados.

Esta furtiva biblioteca, que ocasionó historias de amor y pesadumbre, apareció en un espacio remoto y en un tiempo mucho más cercano. El lugar era una de esas aldeas campesinas encaramadas en La montaña del Fénix del Cielo, en el distrito de Yong Jing, cuyos habitantes eran prácticamente analfabetos y muchos de ellos incluso ignoraban lo que era el cine; la época, 1971, un momento en que «todos los libros estaban prohibidos, salvo los de Mao y sus partidarios, y las obras puramente científicas». La maleta prohibida pertenecía a un estudiante sometido a «reeducación» en las escuelas del campesinado. Respondía al nombre de Cuatrojos, por las gafas con que intentaba aliviar su miopía.

«Era una maleta elegante, de piel muy gastada pero delicada. Una maleta de la que brotaba un lejano aroma de civilización.» Quizá fuera ese aroma, o la nostalgia de la letra impresa, lo que impulsó al también reeducando Luo a deducir el contenido secreto de la maleta. Luo se había obsesionado con el descubrimiento de

las misteriosas entrañas de la maleta. Mediante cierta estratagema, a caballo entre la trampa y el pacto interesado, apareció el primero de los libros: *Ursula Mirouët*, un libro de Balzac.

Era «un libro delgado y gastado» que narraba «una historia francesa de amor y milagros». Y Luo, contador de películas e historias como Sharazad de noches, aquella la pasó de claro en claro leyendo la historia de Balzac, para poder levantarse al amanecer y contársela a una hermosa Sastrecilla valiente, ávida de sesiones de «cine oral» y de relatos. Tanto que, cuando vio en la pantalla una de aquellas películas contadas, sentenció: «Es mucho más interesante cuando tú lo cuentas». Pero arrancarle los secretos a la maleta tan celosamente guardada de Cuatrojos resultaba casi tan difícil como extraer el carbón de la mina «reeducadora».

Hubo que tomar la expeditiva decisión de robar los libros. La maleta, «atada con una gruesa cuerda de paja trenzada», acechaba desde la penumbra. Por fin, a la pudorosa luz de una linterna exhibió sus tesoros ocultos: a la cabeza estaba el «viejo amigo Balzac, con cinco o seis novelas, seguido de Victor Hugo, Stendhal, Dumas, Flaubert, Baudelaire, Romain Rolland, Rousseau, Tólstoi, Gógol, Dostoievski y algunos ingleses: Dickens, Kipling, Emily Brontë...». Tenemos noticia de

BALZAC Y LA JOVEN COSTURERA CHINA DAI SIJIE



narrativa
salamandra

títulos como *El tío Goriot*, *El coronel Chabert* y *Eugenia Grandet*, el *Jean-Christophe* de Rolland, *Madame Bovary*, *Nuestra Señora de París*, y Melville. Aunque no se dice explícitamente, es verosímil que también estuviera el *Robinson*: la referencia a un lugar improbable al margen de la ley, donde «vivir al modo del viejo Robinson, ayudados por un ex policía reconvertido en Viernes», autoriza a deducirlo.

Las sesiones de narrativa empezaron con insólito arrebato. El sastre oyó *El conde de Montecristo* durante nueve noches, y su interés fue capaz de derribar la dictadura del sueño. «Nueve noches

enteras», como el albatros de Coleridge sobre mástiles y obenques. El taller de lectura fue trasladado a su casa, donde prosiguió con *El primo Pons*, «una historia más bien negra, también de Balzac». Quizá su cubierta aún esté manchada por dos huevos aplastados durante la pelea ocurrida en una emboscada que tendieron al lector.

«Con estos libros voy a transformar a la Sastrecilla», había dicho Luo, quizá sin imaginar el alcance de sus palabras y la fuerza perturbadora de los libros. Porque Luo, que todavía recordaba algunos pasajes del *Quijote* —un libro que le había leído su tía antes de que se



Honoré de
Balzac.



Mao Zedong.



Charles Baudelaire.



Nicolai Gógol.

convirtieran en humo todos los libros reaccionarios—, quizá no había retenido el de aquel mayordomo de los duques, «de muy burlesco y desenfadado ingenio», cuando dictaminó: «Cada día se ven cosas nuevas en el mundo: las burlas se vuelven en veras y los burladores se hallan burlados». Aquí se podría haber dicho que los educandos resultaron educadores.

«Con estos libros voy a transformar a la Sastrecilla»... Lo hizo. (También él se había transformado, porque desde el *Cantar de los Cantares* sabemos que el amor es fuerte como la muerte). Pero la transformación de la Sastrecilla se orientó en una dirección inesperada. Primero empezó haciéndose un sujetador, tras el modelo de «un dibujo que había encontrado en *Madame Bovary*»; luego fue una chaqueta de mujer; luego unas deportivas blancas, «de un blanco immaculado», incompatibles con el barro tenaz de la montaña; luego un inusual corte de pelo... Cierta mañana de febrero, la Sastrecilla desapareció en busca de una gran ciudad como aquella que recorrían los personajes de Balzac, mientras Luo hacía un auto de fe con los libros que habían propiciado su huida.

Parece que los libros están fatalmente destinados a arder, como los amores a desvanecerse.

En 1973 murió mi padre, Allende fue asesinado (un once de septiembre, oh ironía) y yo compré en Berna un libro encuadernado en rojo titulado *Mao Papers*, que contenía una selección de *Briefe, Gedenkschriften, Reden und Gespräche* y *Schriftliche Erklärungen*, del mítico Mao. Estaba en alemán, y no llegué a leerlo, porque incluso en aquellos tiempos la realidad pudo más que el deseo. Por las mismas fechas el joven Luo, enamorado de una Sastrecilla enamorada de Balzac, grababa con un cortaplumas en el caparazón de una tortuga «la cabeza de los dos ambiciosos personajes» de *Las ilusiones perdidas*. Luego la soltó, y ella desapareció en la naturaleza. Conociendo la proverbial longevidad de las tortugas, no es imposible que una tortuga navegue todavía por las aguas del mundo llevando a la espalda los pictogramas de David y de Lucien. ■

*Emilio Pascual es escritor y editor.